

CARTAGO Y SICILIA DURANTE LOS SIGLOS VI Y V A.C.

Adolfo J. Domínguez Monedero*

RESUMEN: Este artículo analiza las relaciones entre Cartago y Sicilia durante los siglos VI y V a.C.; en primer lugar se analizan los testimonios arqueológicos conocidos en los centros fenicios de Sicilia para intentar hallar indicios de una (presunta) intervención cartaginesa en ellos. En una segunda parte se estudian los acontecimientos políticos y militares que tienen lugar sobre todo durante el s. V a.C. Se concluye que Cartago fue adaptando su política en Sicilia a las condiciones de cada momento y que no hubo un diseño premeditado de conquistar y dominar la isla durante el periodo considerado.

PALABRAS CLAVE: Cartago, Sicilia, Hímera, Motia, Panormo, Solunto, Guerras greco-púnicas.

CARTHAGE AND SICILY DURING THE SIXTH AND FIFTH CENTURIES B.C.

ABSTRACT: This article analyzes the relationships between Carthage and Sicily during the sixth and fifth centuries BC; in the first place, the archaeological evidence of the Phoenician sites in Sicily is analyzed in order to try to find traces of a (presumed) Carthaginian intervention in them. The second part examines the political and military events which took place in Sicily mainly during the fifth century BC. We conclude that Carthage was adapting its policy in Sicily to the conditions of each period and that there was no any intentional plan to conquer and dominate the island during the time here studied.

KEY WORDS: Carthage, Sicily, Himera, Motya, Panormus, Solus, Graeco-Punic Wars.

Recibido: 13 de mayo de 2010/Aceptado: 21 de octubre de 2010/Fecha de publicación: 6 de abril de 2011.

Las relaciones de la isla de Sicilia con Cartago, a juzgar por el testimonio de Tucídides¹, se remontarían a los primeros momentos del asentamiento fenicio en ella; en efecto, asegura el autor ateniense que una vez que llegaron los griegos a Sicilia, los fenicios que con anterioridad habían ocupado todos los promontorios e islas adyacentes para realizar actividades comerciales con los indígenas, se retiraron a sus ciudades de Motia, Panormo y Solunto entre otras razones porque desde allí era más breve la navegación hacia Cartago. Más allá de la mayor o menor realidad histórica que subyazca a esta información de Tucídides², el dato muestra que para los griegos de finales del s. V a.C. esta relación era un hecho palpable incluso para un autor tan alejado del escenario siciliano como Tucídides. Más problemático resulta establecer el momento en el que este vínculo entre los fenicios de Sicilia y Cartago devino en dominio de ésta sobre aquellos y, sobre todo, cómo se articuló tal dominio.

Diversos momentos se han postulado para situar en ellos el inicio del control cartaginés sobre Sicilia: prescindiendo, de fechas más elevadas (s. VII)³, poco creíbles, se han sugerido los inicios del

* adolfo.dominguez@uam.es. Depto. de Historia Antigua. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Autónoma de Madrid. Ciudad Universitaria de Cantoblanco. E-28049 Madrid. Este trabajo se realiza dentro del Proyecto de Investigación HAR2008-04081 subvencionado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

1 VI 2.6.

2 MOSCATI, S. (1985): 129-133.

3 FANTAR, M.H. (1993): II, 48.

s. VI a.C., cuando se produce la intervención de Pentatlo y sus cnidios en la Sicilia occidental; por otra, el final de ese mismo siglo cuando Dorieo, junto con un contingente de espartanos y griegos de otras procedencias, establece una colonia, Heraclea, en el territorio de los élimos. No obstante, da la impresión de que en ambos casos la intervención de Cartago, si es que se dio, no parece haber sido determinante si nos atenemos a un análisis completo y detallado de la información; prácticamente nula en el caso de Pentatlo⁴, mientras que, en el de Dorieo, «rien n'autorise à soutenir que Carthage intervint massivement en Sicile au moment de l'expédition de Dorieus, même si une présence de Carthaginois aux côtes des Phéniciens des colonies siciliennes n'est pas à exclure»⁵.

Junto a esos episodios, en los que la intervención de Cartago resulta dudosa o cuestionable, también Malco ha sido traído en causa, a partir de unos datos recogidos en el Epítome de Justino de las Historias Filípicas de Trogo Pompeyo: «después de haber luchado en Sicilia con éxito durante mucho tiempo, trasladaron la guerra a Cerdeña y fueron vencidos en una dura batalla, perdiendo la mayor parte de su ejército. Por ello, mandaron que se exiliara con la parte del ejército que había sobrevivido a su comandante Malco, bajo cuyos auspicios habían sometido parte de Sicilia y habían llevado a cabo grandes empresas contra los africanos»⁶. Este texto, resumido a su vez por Orosio⁷, alude de forma específica a campañas cartaginesas contra Sicilia y Cerdeña

y ha sido utilizado como prueba de las conquistas llevadas a cabo en esos territorios por Cartago, en especial en la segunda de esas islas, para la que también hay autores que confirman su conquista por Cartago en este momento o poco después⁸. Para el caso de Sicilia, sin embargo, y a pesar del amplio debate que las actividades de Malco han suscitado, sigue siendo problemático su papel en la isla⁹ y quizá debamos aceptar, con S. Cataldi¹⁰, que tanto este episodio, como el de Dorieo, «sono state acriticamente sfruttate dai moderni per postulare uno stato di guerra in Sicilia durato alcuni decenni, nel corso dei quali Cartagine avrebbe tentato d'impiantare il proprio imperium».

En cualquier caso, en el primer tratado romano-cartaginés, que se dataría hacia el 509-508 a.C.¹¹ y cuya redacción y formulación son cartaginesas¹², Cartago se arroga el control sobre una parte de Sicilia, en la que, sin embargo, los requisitos para comerciar son menos severos que los que la ciudad norteafricana exige en Libia y en Cerdeña¹³, quizá porque el tipo de dominio (*eparchia*) es diferente, aunque es difícil asegurarlo. Según S. Cataldi¹⁴, «non si tratta di un *kratos* già strutturato di carattere militare, ma solo di un certo protettorato mercantile e politico esercitato dai Cartaginesi su certe zone della Sicilia occidentale»; por ende, y como ha observado S.F. Bondi¹⁵, no se prevé en Sicilia la intervención de funcionarios cartagineses que controlen las transacciones. En cualquier caso, y como ha mostrado P. Anello¹⁶, «come già dopo l'impresa

4 KRINGS, V. (1998): 24-32.

5 *Ibidem*: 209.

6 IUS., XVIII 7.1-2.

7 *Hist.*, 4.6,6-9.

8 STR., V 2.7; DIOD., IV 29.6; V 15.4-5. MOSCATI, S. (2005): 61-66; BERNARDINI, P. (2004): 35-56.

9 ANELLO, P. (1990-91): 185-189; KRINGS, V. (1998): 81-87.

10 (2003): 231.

11 SCARDIGLI, B. (1991): 47-87.

12 LEE, R.M. (1993): 229-230.

13 PLB., III 22.10; III 23.4.

14 (2003): 229.

15 (1990-91): 218.

16 (1986): 124.

di Malco, infatti, neppure dopo lo scontro con lo spartano Dorico, vi è traccia di un ampliamento territoriale della presenza fenicia in Sicilia».

En ocasiones se han traído a colación también los conflictos por la «liberación» de los emporios que Gelón de Siracusa asegura haber mantenido con los cartagineses en algún momento antes del 480 a.C.¹⁷ y que han provocado gran cantidad de interpretaciones¹⁸, aun cuando no es en absoluto seguro que estos emporios «liberados» hayan estado tan siquiera en Sicilia¹⁹. Un momento de gran interés, y en cierto modo el primero para el que disponemos de informaciones precisas, es el que representa la batalla de Hímera del 480 a.C. Las referencias que hace Heródoto a las relaciones de amistad (*xenia*) que el cartaginés Amílcar mantenía con el tirano Terilo de Hímera²⁰ se completan con el hecho de que la madre del propio «rey» cartaginés (como le define Heródoto) era de origen siracusano²¹. Esta integración entre familias poderosas de Cartago (los Magónidas)²² y de Siracusa, de la que nacerá Amílcar, puede interpretarse desde la perspectiva de otros pactos de alianza y amistad establecidos entre las élites cartaginesas y las de las ciudades griegas siciliotas durante la generación anterior. Si estos acuerdos tienen que ver o no con el creciente interés de Cartago por territorios extraafricanos es algo que no podemos saber con certeza.

Aun cuando algunos autores han subrayado la importancia de los vínculos personales de

Amílcar con Terilo de Hímera para explicar su intervención contra Gelón y Terón²³, siguiendo quizá viejos modelos de comportamiento aristocráticos, no cabe duda de que la campaña tuvo carácter oficial y estatal tanto por el reclutamiento de un (gran) ejército mercenario como por los monumentos conmemorativos erigidos en honor de Amílcar en Cartago y sus colonias²⁴. Del mismo modo, la larga duración de los preparativos de la guerra, tres años si seguimos a Diodoro²⁵, sugiere que Cartago había decidido con tiempo llevar a cabo una gran intervención en la isla, que muchos autores consideran una respuesta a la agresiva política de Gelón²⁶ en la que quizá Cartago viese amenazas contra los centros fenicios de la isla²⁷, hayan sido éstas reales o no. Pero todo ello no significa que Cartago pretendiese conquistar Sicilia y expulsar a los griegos de ella²⁸.

Las cifras y la composición de los contingentes cartagineses que dan nuestras fuentes son enormes. Así, Heródoto habla de trescientos mil hombres reclutados de entre fenicios, libios, iberos, ligures, elisicos, sardonios y cirnios²⁹; Diodoro da la misma cifra y distingue a mercenarios reclutados en Italia, Liguria, Galia e Iberia así como a tropas ciudadanas procedentes de Cartago y toda Libia y añade una flota de doscientas naves de guerra y más de tres mil barcos de apoyo y suministros³⁰. Siguen siendo objeto de discusión entre los distintos autores los objetivos de la campaña puesto que mientras que al-

17 HDT., VII 158.

18 KRINGS, V. (1998): 312-313; DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. (2009): 123-142.

19 BARCELÓ, P. (1989): 24.

20 HDT., VII 165.

21 *Ibidem*: 166.

22 DEVILLERS, O. (2000): 147-151.

23 WHITTAKER, C.R. (1978): 86.

24 HDT., VII 167. HANS, L.M. (1983): 36.

25 XI 1.5; 2.1

26 BARCELÓ, P. (1989): 24.

27 BONDÌ, S.F. (1990-91): 217.

28 WAGNER, C.G. (2000): 21-22.

29 HDT., VII 165.

30 DIOD., XI 1.5; 20.2.

gunos la sitúan dentro de las propias rivalidades entre las ciudades griegas, en las que habría acabado por intervenir Cartago³¹, para otros hay una clara intención cartaginesa de conquista³², mientras que otros consideran la actitud de Cartago como meramente defensiva frente al imperialismo griego³³. Además de Hímera, en cuya ayuda acude Cartago, ésta cuenta también con el apoyo de aliados selinuntinos³⁴; es dudoso, sin embargo, si estaba prevista la intervención de Selinunte desde el principio o si, por el contrario, la misma se produjo después de que, como consecuencia de una tormenta, los cartagineses perdieran, antes de desembarcar en Sicilia, los caballos³⁵. En efecto, los contingentes que Selinunte enviaba a Amílcar eran de caballería y fue su sustitución por tropas propias (sin duda los cartagineses no distinguían a los caballeros selinuntinos de los siracusanos) lo que le permitió a Gelón introducirlas en el campamento cartaginés y contribuir a su derrota³⁶. En cualquier caso, tanto para Hímera como para Selinunte, el peligro no venía de Cartago, sino de la alianza siracusano-agrentina³⁷.

Indudablemente, en esta campaña Panormo juega también un papel importante porque es allí donde se produce el desembarco del ejército de Amílcar y la ciudad sirve como cabeza de puente para la marcha contra Hímera³⁸; sin embargo, no se nos informa del tipo de relación que la misma mantiene con Cartago (alianza o sumisión) aunque, como ha observado C.R.

Whittaker³⁹, todavía en 397 a.C. e, incluso, después, Panormo y otras ciudades aparecen mencionadas como «ciudades aliadas» de Cartago⁴⁰; no obstante, algunos autores no descartan que tanto Panormo como Motia y Solunto hayan podido participar en la guerra del lado de Cartago⁴¹, lo que tampoco es improbable. Por supuesto, algunos autores aseguran que ya desde la época de Malco las tres ciudades fenicias de Sicilia habían quedado sometidas a Cartago y el hecho de que las mismas mostrasen ciertos signos de autonomía (acuñación de moneda) no iría, en su opinión, en contra de esa idea⁴², mientras que otros lo rechazan y minimizan el papel de Malco y de los otros enfrentamientos entre griegos y fenicios⁴³.

A partir de una serie de datos de diversa índole, incluyendo los arqueológicos, F. Sartori⁴⁴ trató de mostrar cómo la política cartaginesa en Sicilia no parece demasiado agresiva; dicho autor insistía en el intento de Cartago de defender unas redes comerciales de importancia vital para la ciudad, pero al tiempo observa la ausencia de plazas fuertes que indicasen una ocupación militar, el escaso interés de integrar a las áreas siciliotas en una organización político-administrativa (*eparquia*), el respeto a las autonomías locales siempre que no interfiriesen en su política exterior y no impidiesen el cobro de tributos, o la escasa penetración cultural en las áreas sicilianas del interior; de ser así, Cartago habría podido actuar dentro de esquemas no muy distintos de

31 HANS, L.M. (1983): 36.

32 HUSS, W. (1985): 97-98.

33 BARCELÓ, P. (1989): 25; FANTAR, M.H. (1993): II, 49-50.

34 DIOD., XI 21.4.

35 *Ibidem*: 20.2.

36 *Ibidem*: 21.4-5; 22.11.

37 ANELLO, P. (1990-91): 193-196.

38 DIOD., XI 20.2.

39 (1978): 67.

40 Cf. DIOD., XIV 48.4.

41 KRINGS, V. (1998): 317.

42 HANS, L.M. (1983): 119-120.

43 ANELLO, P. (1986): 115-129; KRINGS, V. (1998): 324.

44 (1992): 82-83.

los que en el mundo griego daban lugar a *symmaquías* hegemónicas. Un modelo semejante ha sido defendido por algunos autores para el caso de Gadir y el llamado «círculo del Estrecho de Gibraltar»⁴⁵ y de haber funcionado así, en efecto, la relación de Cartago con las otras ciudades fenicias de Sicilia sería un elemento más para evaluar desde perspectivas diferentes la visión «imperialista» que ha dominado en la tradición grecorromana como medio de justificar los conflictos bélicos y, en último término, la derrota y destrucción de Cartago⁴⁶. No podemos perder de vista que la mención del área de dominio cartaginés, llamada *epikrateia* por los autores griegos⁴⁷, asume siempre connotaciones negativas en dichos autores, que tienden a equiparar a la misma con conceptos como los de sumisión o esclavitud sin que, por lo general, profundicen en la estructura y funcionamiento de la misma⁴⁸.

La firma de la paz entre Cartago y Gelón es mencionada en muy pocos autores; Diodoro⁴⁹ alude a ella en un contexto favorable al tirano siracusano, del que muestra su moderación y humanidad, puesto que, ante los embajadores cartagineses prostrados y llorosos, el Dinomérida les concede la paz tan sólo a cambio del pago de dos mil talentos de plata por los gastos de la campaña así como de la construcción de dos templos en los que depositar sendas copias del tratado. Las condiciones fueron consideradas tan benévolas por Cartago que la ciudad le ofreció una corona de oro a la esposa de Gelón, Damarete, de cien talentos de oro. Los datos que aporta Plutarco⁵⁰ sobre la paz, en la que la prin-

cipal condición que pone Gelón es que los cartagineses dejen de sacrificar a sus hijos a Cronos resulta más sospechosa todavía⁵¹.

Un problema importante, y que siempre ha llamado la atención, ha sido la aparente inactividad de Cartago en Sicilia entre el momento de esta guerra y la siguiente intervención bélica en la isla en el 409 a.C.; las escasas noticias que encontramos en las fuentes⁵² no indican que Cartago haya mostrado ningún signo de querer volver a intervenir en los asuntos de Sicilia. W. Huss⁵³ interpretaba la situación como que Cartago no dio pretexto ninguno a los griegos para que éstos atacaran sus baluartes (*Stützpunkte*) sicilianos, lo que implica que se da por supuesto un control de Cartago sobre las tres ciudades de origen fenicio de Sicilia (Motia, Panormo, Solunto)⁵⁴. Sin embargo, también en este caso los datos son escasos y no exentos de problemas.

La arqueología no ha aportado informaciones relevantes a este propósito para la ciudad antigua de Panormo ni tampoco para la de Solunto arcaica y clásica, a pesar de la gran cantidad de intervenciones llevadas a cabo en los últimos años, en especial en Palermo, que se sitúa en el mismo emplazamiento que la Panormo antigua; sí que puede destacarse, en el caso de Panormo, que las excavaciones llevadas a cabo en el área de la necrópolis antigua parecen sugerir la aparición de un eje viario que atravesaba la misma desde finales del s. VI, lo que ha sido interpretado como que en ese momento se habría producido la estructuración del hábitat en forma de ciudad⁵⁵. Por su parte, para la Solunto previa a la

45 ARTEAGA, O. (1994): 25-57; DOMÍNGUEZ PÉREZ, J.C. (2006).

46 WHITTAKER, C.R. (1978): 59-90; DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. (2000): 153-159.

47 ANELLO, P. (1986): 144-152.

48 CATALDI, S. (2003): 217-252.

49 XI 26.2-3.

50 *Mor.* 175A, 552A.

51 KRINGS, V. (1998): 320-321.

52 HUSS, W. (1985): 100-106.

53 *Ibidem*: 100.

54 SARTORI, F. (1992): 91.

55 DI STEFANO, C.A. (2009); SPATAFORA, F. (2009): 224.

destrucción del 397 a.C.⁵⁶ se ha señalado su carácter «empórico»⁵⁷, aunque no es demasiado lo que se conoce de este periodo. Sin embargo, se ha subrayado también su función productiva, vinculada a los centros indígenas del interior, entre los que destaca, por haber sido objeto de estudios recientes la Montagnola di Marineo⁵⁸. Por otro lado, el interés de Panormo por su *hinterland*, la fértil Conca d'Oro se observa también en diferentes centros indígenas que, al menos desde el s. VI, parecen recibir productos a través de la ciudad fenicia⁵⁹.

Frente a Panormo y Solunto, el caso de Motia presenta una situación diferente debido sobre todo a la ausencia de ocupación moderna sobre la isla en donde se halló la ciudad y a las abundantes excavaciones, tanto las anteriores a J.I.S. Whitaker⁶⁰ como las llevadas a cabo por él entre los años 1906 y 1927, proseguidas en diversos momentos posteriores⁶¹ y reiniciadas a partir del 2002 hasta la actualidad⁶². Todo ello hace de Motia uno de los centros fenicios mejor conocidos del Mediterráneo⁶³, si bien aún siguen persistiendo muchas incógnitas sobre su historia.

Las excavaciones anteriores habían sacado a la luz importantes santuarios como el llamado «Cappidazzu»⁶⁴, con cinco fases de utilización desde el s. VIII a.C.⁶⁵ o el tofet⁶⁶; por otro lado, un área importante excavada en las recientes campañas es la correspondiente al llamado

kothon, en el cuadrante suroccidental de la isla, donde se han detectado varios lugares de culto que se suceden desde el s. VIII: el templo C5, destruido violentamente a mediados del s. VI a.C.; el llamado templo C1, en uso desde mediados del s. VI a.C. a inicios del s. V a.C.; el templo C2, del s. V y en uso hasta la destrucción siracusana del 397 a.C., y al que parece vincularse el *kothon* como estanque ritual, y el santuario C3, erigido reutilizando restos de la destrucción del edificio anterior y depositando en una *favis-sa* ritual aquellos elementos simbólicos que ya no eran susceptibles de ser reemplazados; duraría hasta finales del s. IV a.C.⁶⁷. Sin embargo, a pesar de las recientes excavaciones, no todos los estudiosos aceptan el carácter ritual de dicho *kothon*, vinculado con los santuarios allí existentes, y algunos todavía lo siguen considerando una estructura portuaria a pesar de la escasa profundidad del mismo⁶⁸.

Para acabar este breve panorama, entre las zonas residenciales de la ciudad⁶⁹ destaca el llamado «sector E», en la zona oriental de la isla, que ha resultado muy rica en materiales⁷⁰. Entre ellos, y junto con producciones de diversos orígenes y tradiciones (fenicio-occidentales, griegas coloniales, áticas, etc.) las ánforas comerciales representan un importante porcentaje de las cerámicas (un 30 %) durante el periodo arcaico (s. VII-VI a.C.). Se trata en su mayor parte de ánforas T.3.1.1.2 de fabricación local,

56 DIOD., XIV 78.7.

57 GRECO, C. (2005): 667-675; SPATAFORA, F. (2009): 225.

58 DI STEFANO, C.A. (1999): 225-226; SPATAFORA, F. (2000): 895-918.

59 DI STEFANO, C.A. (1999): 227-229.

60 (1921): 111-136.

61 TUSA, V. (1999): 235-237.

62 NIGRO, L. (2003): 85-98. En el momento de escribir estas líneas se ha concluido la campaña XXIX correspondiente a 2009 de la Universidad de Roma «La Sapienza» (NIGRO, L. [2009a]: 36-49).

63 TOTI, M.P. (2004).

64 TUSA, V. (2000): 1397-1417.

65 NIGRO, L. (2009c): 243-251.

66 CIASCA, A. (1992a): 113-155; BERNARDINI, P. (2005): 55-70; NIGRO, L. (2009c): 251-254.

67 NIGRO, L. (2009b): 703-719; (2009c): 254-265 y (2009d): 77-118.

68 FAMÀ, M.L. (2009): 273-274.

69 *Ibidem*: 274-284.

70 FAMÀ, M.L. y TOTI, M.P. (1997): 113-123.

aunque la forma parece que también se fabricó en Cartago. Para la fase del s. V, aunque con una menor presencia de ánforas, tanto las locales como las importadas parecen relacionarse con Cartago⁷¹.

Otro de los restos importantes de Motia viene constituido por la muralla, monumento bastante complejo, en el que se han detectado cuatro fases constructivas entre mediados del s. VI y la destrucción de todo el sistema durante el ataque siracusano del 397 a.C.; su erección tiene lugar, como se ha dicho, durante la segunda mitad del s. VI, quizá por necesidades defensivas, pero coincidiendo, como ha subrayado A. Ciasca⁷² con «un periodo in cui l'abitato si dà carattere de vera e propria città, impegnandosi in importanti opere di carattere pubblico»; a estos mismos momentos parece corresponder la construcción de la calzada que atravesaba el *stagnone* y unía la isla con tierra firme (Birgi)⁷³. También en torno a mediados del s. VI parece ir substituyéndose el ritual de la cremación en la necrópolis (tanto en Motia como en Birgi) por la inhumación⁷⁴. Durante las fases siguientes, la muralla va aumentando su monumentalidad y se va adaptando a las nuevas necesidades defensivas y parece que la última de ellas, de fines del s. V, puede corresponder a la previsión de los acontecimientos que marcarán, poco después, la destrucción de la ciudad⁷⁵. También a estos momentos de finales del s. V parece corresponder la muralla detectada en Palermo⁷⁶. Las indagaciones en Motia muestran que la vida prosiguió después de su destrucción⁷⁷ pero no insistiremos aquí en esta cuestión.

Un elemento común que se observa en los tres santuarios (Cappidazzu, *tophet*, *kothon*) es la existencia de una importante destrucción a mediados del s. VI a.C., y que parece haber tenido importantes consecuencias en la transformación monumental de la ciudad, como muestra también la construcción de la muralla o el camino hacia tierra firme; en un momento inicial esa destrucción del *tophet* (y las obras en la muralla) se habían situado a fines del s. VI y se las había considerado, naturalmente, la «prueba» de la campaña de Dorieo⁷⁸ a pesar de que las fuentes no sitúan al espartano en Motia. Con posterioridad, la revisión de las cronologías sitúa estas acciones violentas hacia mediados del s. VI a.C. lo que lleva a algunos autores a reinterpretarlas para ponerlas «in relazione con i primi interventi militari condotti dai Cartaginesi in Sicilia e più esattamente con la spedizione militare di Malco»⁷⁹. Así, de una destrucción a mano de los griegos se pasa a otra a mano de los cartagineses; y todo ello sin que debamos perder de vista que un testimonio epigráfico de Selinunte certifica también guerras entre esta ciudad griega y la ciudad fenicia también para mediados del s. VI⁸⁰ por lo que tal vez tampoco sea necesario recurrir al enemigo exterior, invasor e imperialista, para interpretar restos arqueológicos. Podemos mencionar otros casos de interpretaciones divergentes en ámbitos próximos, como Cerdeña, que se habían tenido como elementos clave a la hora de postular un dominio cartaginés desde fines del s. VI a.C. y que han tenido que observarse desde una óptica diferente ante el peso de la evidencia arqueológica; me refiero, en concreto, al templo

71 ID. (2000): 451-478.

72 (1992b): 92.

73 BENASSI, F. *et al.* (2008).

74 CIASCA, A. (1990): 7-11; GRIFFO, M.G. (1997): 909-921; TOTI, M.P. (2004): 86-88.

75 CIASCA, A. (1986): 221-227 y (2000): 57-70.

76 DI STEFANO, C.A. (1999): 230.

77 FAMÀ, M.L. (2008): 47-67.

78 CIASCA, A. (1992a): 130.

79 BONDÌ, S.F. (1996): 24.

80 ROCCO, B. (1970): 27-33.

de Sid en Antas, que se había datado a fines del s. VI y se había considerado la prueba del dominio cartaginés en la zona y cuya fecha, sin embargo, excavaciones posteriores han rebajado hasta fines del s. V y s. IV a.C., modificándose, incluso, su interpretación, que tiende ahora a considerarse como signo de integración sardo-púnica⁸¹.

Pero, aunque aceptando la intervención de Cartago y vinculando los cambios en Motia con su acción, manifestada en la figura de Malco, tampoco todos los autores comparten la idea de que la ciudad norteafricana haya sido la responsable de las destrucciones en Motia; así, por ejemplo, S. Moscati⁸² concluía que «*Mozia, colonia fenicia, si associò naturalmente all'espansione cartaginese e s'inserti in essa, traendo ampio vantaggio nel suo sviluppo dalla maggiore sicurezza politica che la nuova fase storica determinada*» considerando, incluso, la segunda mitad del siglo VI como un periodo de «*pace punica*».

Creo, después de todo, que a partir de los testimonios arqueológicos de Motia no puede observarse un hecho político como es el de las relaciones institucionales entre la comunidad fenicia y la ciudad de Cartago, hayan asumido la forma que hayan asumido (¿relaciones comerciales?, ¿alianza?, ¿hegemonía?, ¿dominio?); sí que se percibe, en cambio, además de los contactos comerciales mantenidos por Motia con otros centros fenicio-púnicos del Mediterráneo, incluyendo Cartago, una importante relación con los griegos de Sicilia desde los momentos más antiguos del asentamiento, intensificándose a partir del s. VI⁸³ y que encuentra una confirmación importante tanto en las inscripciones funerarias griegas de finales del s. VI-inicios del

s. V a.C. halladas en Motia⁸⁴, como, más adelante, en los aliados griegos que combaten junto con los habitantes de Motia contra Dionisio I en el momento del ataque del 397 a.C. y que son ejecutados tras la victoria del tirano siracusano⁸⁵ y, cómo no, en los santuarios «venerados por los griegos» que existen en la ciudad fenicia⁸⁶. A pesar de ello, una parte importante de la historiografía da por sentada una acción militar decisiva de Cartago en Sicilia ya desde mediados del s. VI, por parte del ya mencionado Malco y dirigida de forma directa contra las ciudades fenicias de Sicilia; sin embargo, y sin una explicación satisfactoria, se considera que a esta conquista le sucede «una sostanziale autonomia amministrativa ed economica, che fu premessa e salvaguardia delle intense relazioni con la parte greca dell'isola»⁸⁷ y sin que la cultura material refleje durante todo el s. VI una impronta cartaginesa⁸⁸; además, ello se relaciona con el dominio cartaginés sobre Cerdeña (en el que no entraremos aquí) y sobre Iberia del que, como he mostrado no hace mucho, deberíamos dudar para estos momentos⁸⁹.

En una obra ya antigua, pero que durante mucho tiempo fue referencia obligada para el estudio de la Sicilia antigua, su autor reconocía que, a pesar de que no teníamos datos directos sobre la relación de las ciudades fenicias de Sicilia con Cartago tras las campañas de Malco, «according to the analogy of the usual relations between city and city, we may safely set it down as being a relation of dependence» lo que implicaba (utilizando para desarrollar su idea el modelo de lo que se conoce de relaciones de ese tipo entre ciudades griegas) la pervivencia de las res-

81 BERNARDINI, P. (2004): 38-40.

82 (1994): 173-178.

83 SPANÒ GIAMMELARO, A. (2000): 304-305.

84 MANNI, E. (1966): 699-706.

85 DIOD., XIV 53.4.

86 *Ibidem*: 53.2

87 BONDÌ, S.F. (1996): 25-27.

88 ID. (1990-1991): 221-222.

89 DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. (2005-2006): 181-199.

pectivas comunidades políticas con sus instituciones pero la ausencia de una política exterior propia, que no sería otra que Cartago impusiese⁹⁰. Sin embargo, y como habíamos visto antes, la expedición de Amílcar que culminará en la batalla de Hímera puede haber tenido que ver con diversos intereses pero no, necesariamente, con el de defender un dominio político en Sicilia que no queda, en absoluto, claro en nuestra fuente más próxima como es Heródoto; ni tan siquiera en Diodoro, al relatar el desembarco de Amílcar en Solunto⁹¹, se explicita la relación de esta ciudad con Cartago y, aunque ésta se haya podido arrojar cierto control sobre Sicilia en el primer tratado romano-cartaginés, como ya vimos, quizá la referencia geloniana a sus guerras por «liberar los emporios»⁹² pueda sugerir que era una pretensión que no todos compartían o estaban dispuestos a tolerar por lo que podía suponer de modificación de un *statu quo* previo.

Lo cierto es que, a pesar de la inmensidad de medios que nuestras principales fuentes (Heródoto y Diodoro) ponen bajo las órdenes de Amílcar, sin duda animados por la propaganda siracusana, la acción de Cartago en Sicilia tras el 480 es nula o, al menos, indetectable, lo que contrasta con el florecimiento de las tres ciudades fenicias de la isla⁹³. Aunque algunos autores sugieren que Cartago se hundió en esos años en una profunda crisis⁹⁴, otros, por el contrario, subrayan el periodo de florecimiento de la ciudad durante el siglo V⁹⁵, por lo que no sería por in-

capacidad por lo que Cartago no interviene en Sicilia durante ese periodo, ni tan siquiera ante solicitudes de cierta relevancia. Así, por ejemplo, los segestanos, que serán quienes desencadenen, al pedir ayuda a Cartago, la campaña de Aníbal del 409 a.C.⁹⁶, no consiguieron que Cartago se movilizara a su favor en el 416 ante los ataques de Selinunte⁹⁷, lo que les llevó a pedir, y conseguir, la ayuda de Atenas⁹⁸. Y tampoco Cartago adquiere protagonismo durante la segunda expedición ateniense, a pesar de que Alcibiades había manifestado en dos ocasiones su intención de conquistar Cartago⁹⁹, de que la Siracusa de Hermócrates piensa ofrecerle su alianza para combatir a Atenas¹⁰⁰, y luego los propios atenienses, una vez perdido el mando Alcibiades, tratan también de atraerse a Cartago a su bando¹⁰¹. Conviene que nos detengamos un momento en estos episodios. En primer lugar, los planes de Alcibiades. Tucídides le asigna, antes de introducir su discurso ante la asamblea ateniense apoyando la intervención en Sicilia, el deseo de que «Sicilia y Cartago fueran conquistadas bajo su mando»¹⁰²; más adelante, y ante la asamblea espartana, Tucídides pone en su boca lo siguiente: «Zarpamos hacia Sicilia para someter en primer lugar, si podíamos, a los siciliotas, y después de ellos, a su vez, a los italiotas, y para hacer a continuación una tentativa contra el imperio cartaginés y contra ella misma»¹⁰³. Puede verse en el relato de Alcibiades una progresión geográfica: Sicilia, Italia, Cartago y su

90 FREEMAN, E.A. (1891): 298-299.

91 DIOD., XI 20.2.

92 HDT., VII 158.

93 ANELLO, P. (1986): 132-133.

94 MERANTE, V. (1972-73): 95; ANELLO, P. (1990-91): 197.

95 BARCELÓ, P. (1989): 27.

96 DIOD., XIII 43.

97 DIOD., XII 82.7.

98 TUC., VI 6.2; DIOD., XII 83. VANOTTI, C. (2003): 1319-1342.

99 TUC., VI 15.2; 90.2.

100 *Ibidem*: 34.2. ANELLO, P. (2002): 345-346.

101 TUC., VI 88.6. MANNI, E. (1976): 196.

102 TUC., VI 15.2.

103 *Ibidem*: 99.2.

«imperio» (*arché*) que, precisamente, por ello, no parece hallarse en Sicilia sino, quizá, en el norte de África.

Por último, cuando los atenienses deciden buscar la alianza de Cartago en el 414 a.C., «enviaron un trirreme a Cartago con propuestas de amistad y por si podían obtener alguna ayuda»¹⁰⁴; en ningún momento se menciona que pudieran haber buscado en primer lugar apoyo en las ciudades fenicias de Sicilia ni se dice que en ellas hubiese fuerzas o funcionarios cartagineses allí destacados.

Años después, cuando Aníbal e Himilcón hayan lanzado su campaña contra Sicilia, esa alianza entre Atenas y Cartago parece haberse concluido al final, a juzgar por un documento epigráfico datado hacia el 406 a.C.¹⁰⁵; es difícil, sin embargo, saber los términos exactos de la misma y qué beneficios aportó la misma a las dos partes, aunque sin duda tanto a Atenas, en una situación cada vez más desesperada en su guerra contra Esparta, como a Cartago, que luchaba ahora contra la vieja enemiga de Atenas, Siracusa, podía haberles interesado manifestar su deseo de colaborar¹⁰⁶. Lo interesante del epígrafe, que es nuestro único testimonio del acuerdo y de las embajadas que lo preceden, es que, a pesar del fragmentario estado del mismo, los interlocutores son Aníbal, hijo de Giscón e Himilcón hijo de Hanón, que se encuentran en Sicilia, la cual será el destino de los embajadores atenienses. Como nos informan nuestras fuentes, estos dos generales fueron nombrados al frente del ejército cartaginés en Sicilia durante la segunda parte de la campaña de los años 409-405¹⁰⁷,

puesto que en la primera parte sólo Aníbal había sido el responsable¹⁰⁸.

Es tiempo ya, pues, de hablar de esta campaña que introduce un cambio importante en el equilibrio de fuerzas en Sicilia. El motivo, tal y como nos lo presenta Diodoro, sería doble: por una parte, el conflicto no resuelto entre Segesta y Selinunte, que había sido ya el pretexto para la intervención ateniense, agravado por el envilecimiento de los selinuntinos que llevan su campaña más allá de los territorios en litigio entre ambas ciudades y ocupan otras áreas circundantes, ante lo cual los segestanos piden ayuda a Cartago¹⁰⁹. Pero, por otro lado, Diodoro añade que Aníbal, que a la sazón (410 a.C.) estaba entre los principales de la ciudad (*proteuontos*) y ocupaba una magistratura principal (la *basileia* o «realeza»)¹¹⁰ habría sido, en caso de guerra, el que ocupara el cargo de general. Este Aníbal era hijo de Giscón, el cual, a su vez, era hijo del Amílcar derrotado en Hímera; Giscón había pasado parte de su vida exiliado en Selinunte, donde moriría¹¹¹. Por ello, concluye Diodoro que Aníbal «por naturaleza sentía odio por los griegos y al mismo tiempo quería reparar la deshonra de sus antepasados»¹¹². No es improbable que Diodoro (o sus fuentes) hayan añadido estos últimos detalles; no perdamos de vista que Selinunte había ayudado a Amílcar en su lucha contra Gelón y que Giscón no tendría demasiados motivos para odiar a «todos» los griegos si los griegos de Selinunte le habían acogido durante la desgracia que afectó a su familia. No es tampoco improbable, todo lo contrario, que el propio Aníbal hubiese vivido parte de su vida

104 *Ibidem*: 88.6.

105 MERITT, B.D. (1940): 247-253; TREU, M. (1954-55): 41-57; STROHEKER, K.F. (1954-55): 163-171; VATTUONE, R. (1977): 41-50.

106 HUSS, W. (1985): 117-118.

107 DIOD., XIII 80.1-2.

108 *Ibidem*: 54.2.

109 *Ibidem*: 43.1-3.

110 *Ibidem*: 43.5.

111 *Ibidem*.

112 *Ibidem*: 43.6.

en Selinunte, a pesar del duro trato que acabará infligiendo a la ciudad griega, quizá inesperado para los selinuntinos¹¹³. Pero por el momento no entraremos en estas cuestiones.

Al fracasar un primer intento de arbitraje siracusano¹¹⁴, Cartago no interviene aún de modo directo sino que contrata a 5.000 libios y 800 campanos que se habían quedado sin trabajo al llegar tras la derrota ateniense y permanecían en Sicilia, para ayudar a Segesta; esta contención, que sucede a una inactividad absoluta, quizá se deba también a que las cláusulas del tratado firmado con Gelón (de las que sólo conocemos un par de datos) le impedían a Cartago intervenir contra las ciudades griegas de Sicilia¹¹⁵. Es tras los primeros enfrentamientos cuando ambos contendientes reclaman ayuda a sus aliados (Cartago y Siracusa) y ello provoca la escalada; Cartago inicia los preparativos para reclutar un gran ejército en Iberia y en Libia y prepara una flota¹¹⁶. La actitud de Cartago en estos primeros momentos muestra que no debía de haber una estructura militar cartaginesa en la isla, puesto que Cartago tiene que recurrir a soldados de fortuna reaprovechados de una guerra anterior y que se encontraban ya en Sicilia, como parece deducirse del texto de Diodoro. Del mismo modo, es a Cartago a donde envían los segestanos las embajadas, lo que también parece sugerir que no hay fuerzas permanentes cartaginesas en Sicilia.

Los pros y los contras de la decisión de Cartago de aceptar la llamada de Segesta no los conocemos porque no tenemos para este episodio

a un historiador como Tucídides que desgrana con gran detalle los motivos que había tenido Atenas para aceptar un llamamiento similar en el 416 a.C.; sin embargo, es probable que Cartago pensase que podía llevar a cabo una guerra limitada contra Selinunte o, incluso, forzarla a finalizar su conflicto con Segesta sin llegar a la guerra (como sugeriremos más adelante) ni involucrar a Siracusa y a las otras ciudades griegas de la isla¹¹⁷. El deseo de acabar con los griegos de Sicilia, pues, no parece en absoluto creíble.

El ejército que recluta Aníbal parte para Sicilia embarcado en sesenta naves de guerra y mil quinientos cargueros y desembarca en el cabo Lilibeo, donde planta su campamento¹¹⁸. Es curioso que el desembarco no se haya producido en Motia, sino en Lilibeo, aun cuando es bastante probable que esta zona haya formado parte del territorio de la ciudad¹¹⁹; sin embargo, el motivo habría sido la existencia allí de un pozo, llamado Lilibeo, y que sería quien diese el nombre a la ciudad que allí se fundaría con los supervivientes de la destrucción de Motia¹²⁰. Quizá ello indique que la ciudad no tenía capacidad ni medios para albergar al ejército de Aníbal, cifrado en doscientos mil infantes y cuatro mil jinetes por Éforo y cien mil hombres por Timeo¹²¹, cifras a todas luces exageradas; sin embargo, sí sacó a tierra las naves «en la ensenada situada cerca de Motia»¹²², que debía de ser el puerto de Motia, dentro del *stagnone* y, por lo tanto más resguardado¹²³. Antes de iniciar el ataque contra Selinunte, Aníbal recibe las tropas de Segesta y «de los otros aliados»¹²⁴. No es improbable que

113 *Ibidem*: 55.1.

114 *Ibidem*: 43.6-7.

115 CAVEN, B. (1990): 27.

116 DIOD., XIII 44.

117 CAVEN, B. (1990): 29-30.

118 DIOD., XIII 54.2-4.

119 WHITAKER, J.I.S. (1921): 100-104.

120 DIOD., XXII 10.4.

121 DIOD., XIII 54.5.

122 *Ibidem*.

123 FAMÀ, M.L. (1995): 171-180.

124 DIOD., XIII 54.6.

entre estos aliados estén las ciudades fenicias de Sicilia, lo que de ser cierto podría mostrar cuál era el vínculo jurídico que las ligaba a Cartago, tal vez una alianza hegemónica; sin duda, también había griegos aliados de Cartago¹²⁵.

La primera acción importante de la campaña es el asedio, captura y saqueo de Selinunte¹²⁶. Es a propósito de lo que sucede después cuando Diodoro nos da algunas informaciones que no había incluido antes en su relato. Así, por ejemplo, los que habían huido de Selinunte, unos dos mil seiscientos¹²⁷ enviaron como embajador ante Aníbal a Empedión, a quien el general cartaginés restituyó sus bienes porque «siempre había apoyado la causa de los cartagineses y, antes del asedio, había aconsejado a sus conciudadanos que no emprendieran la guerra contra los cartagineses»¹²⁸. Esta noticia es interesante porque no sabíamos del debate en Selinunte entre partidarios de una y otra opción; cabe pensar que una parte de la ciudadanía era partidaria de mantener las antiguas alianzas con Cartago mientras que otra, quizá influida por Siracusa y su reciente y, en cierto modo, inesperado, triunfo sobre Atenas, se inclinó por la agresión contra Segesta y, fiados de la alianza siracusana, no temían la intervención de Cartago. Ningún eco de estos debates internos encontramos en Diodoro que atribuye la acción de Cartago, como vimos, en buena medida al odio de Aníbal hacia los griegos y, en especial, hacia Selinunte.

Las concesiones que hace a Empedión, que incluyen también la liberación de sus parientes que se encontraban entre los prisioneros, podría sugerir la existencia de lazos de amistad entre el griego y el cartaginés, cimentados durante la es-

tancia de éste en Selinunte. Tampoco es improbable que buena parte de los exiliados selinuntinos, que se refugiaron en Agrigento, haya pertenecido al grupo de los filo-cartagineses, como reflejaría el trato que les dispensa Aníbal, que les autoriza, como resultado de la embajada de Empedión, a «habitar la ciudad y cultivar las tierras pagando un tributo (*phoros*) a los cartagineses»¹²⁹. Por otro lado, si consideramos las cifras que da Diodoro, veremos que no era un grupo irrelevante: eran dos mil seiscientos¹³⁰, cifra que hay que poner en relación con los dieciséis mil muertos y cinco mil prisioneros que contabilizaron los cartagineses¹³¹. Es también interesante observar la respuesta de Aníbal a los embajadores siracusanos y a los de los exiliados; mientras que a éstos últimos les hace concesiones, a cambio de que acepten el dominio cartaginés, a los siracusanos, que piden la liberación, mediante rescate, de los cautivos y el respeto de los lugares sagrados, les contesta que los selinuntinos que no habían sabido mantener su libertad deberían convertirse en esclavos y que los dioses habían abandonado a Selinunte ofendidos (*proskopsantas*) por el comportamiento de sus habitantes¹³², lo que no es explicado pero que puede llevar a pensar en que Aníbal responsabilizaba a Selinunte por haber roto pactos y acuerdos sancionados por las divinidades. Aunque no sabemos si es pertinente a este momento, podemos mencionar el epígrafe monumental del templo G de Selinunte, datable en algún momento de la segunda mitad del s. V, y que contiene un canto dedicado a un total de nueve dioses y diosas (Zeus, Fobos, Heracles, Apolo, etc.) por ayudarles en una victoria, o en un conjunto de ellas que, por desgracia, nos resultan desconocidas así

125 *Ibidem*: 58.1.

126 *Ibidem*: 54-58.

127 *Ibidem*: 58.3.

128 *Ibidem*: 59.3.

129 *Ibidem*.

130 *Ibidem*: 58.3.

131 *Ibidem*: 57.6.

132 *Ibidem*: 59.1-2.

como un decreto de la ciudad en el que se decide consagrar un escudo de oro de sesenta talentos en el templo de Apolo¹³³; el epígrafe y la ofrenda mostrarían, en todo caso, el importante papel que los dioses juegan, en general, en el mundo griego y, en este caso concreto, en la ciudad de Selinunte como garantes de la victoria. La propia derrota de Selinunte sería, pues, la prueba, de que los dioses habían abandonado a la ciudad, como aseguró Aníbal, que por lo demás conocería muy bien los hábitos de Selinunte.

Creo, pues, que podemos ver una serie de matices en la campaña de Cartago; igual que en la campaña del 480 a.C., Cartago interviene en Sicilia a petición de sus aliados y lo hace con una fuerza suficiente como para asegurarse una victoria rápida. El problema es que la campaña del 480 se saldó con un enorme fracaso que provocó la desaparición absoluta de Cartago de la escena siciliana, a pesar incluso de los llamamientos que se les hizo desde distintos ámbitos. Es la nueva política de Selinunte, donde los partidarios de la alianza con Cartago ahora debían de ser minoría, la que debió de considerarse una amenaza para la ciudad africana; antes de la guerra debieron de circular embajadas entre los distintos actores, además de las que menciona de modo explícito Diodoro¹³⁴. En la propia Selinunte debió de haber debates sobre qué actitud tomar ante Cartago triunfando los partidarios de la guerra, que debían de pensar que la ayuda prometida por Agrigento, Gela y Siracusa¹³⁵ no iba a demorarse como, al final, ocurrió. Quizá cuando la opción de la guerra quedó clara, parte de los ciudadanos pro-cartagineses abandonarían la ciudad buscando

refugio en Agrigento, aunque otros no pudieron, como muestran los parientes de Empedión que habían permanecido en Selinunte. La tibieza de los aliados de Selinunte, camuflada por Diodoro, es clara; los agrigentinos y los gelenses deciden esperar hasta que lleguen los siracusanos¹³⁶ mientras que éstos, cuya intención de mantener la paz con los cartagineses había quedado clara tras el cruce de embajadas de los años previos¹³⁷, tampoco parten de inmediato. Por ende, Aníbal, como vimos, había sacado a tierra sus naves para dirigirse por tierra a Selinunte, pero Diodoro añade que la causa era también que «quería dar la impresión a los siracusanos de que no estaba allí para hacer la guerra contra ellos ni para avanzar a lo largo de la costa contra Siracusa con aquellas fuerzas navales»¹³⁸. A pesar de que Diodoro introduce la acción como una prueba más de la astucia púnica, no hay por qué pensar que, en efecto, la campaña de Aníbal tuviese como fin último el ataque a Siracusa, la cual tuvo que elegir al final entre su alianza con Selinunte y sus deseos de mantener la paz con Cartago. Sin duda tiene razón Huss cuando asegura que los cartagineses no habían planeado la guerra del 409-405 a.C., pero que la aceptaron como tal¹³⁹.

La intervención siracusana y de los otros aliados (Agrigento entre ellos) contra Cartago no se materializa hasta que Aníbal ha puesto sitio a Hímera¹⁴⁰; el desalojo de parte de su población, su captura y su saqueo, así como el sacrificio de tres mil varones himerenses en el lugar en el que había muerto Amílcar en el 480 a.C. marcan el final de esta primera parte de la guerra¹⁴¹. En Sicilia, Aníbal dejó a sus aliados «un

133 CALDER, W.M. (1963); ID. (1964): 113-121; PUGLIESE CARRATELLI, G. (1982): 191-193; AMPOLO, C. (1984): 81-89; MUSTI, D. (1985): 134-157.

134 XIII 43.6-7.

135 *Ibidem*: 56.1.

136 *Ibidem*: 56.2.

137 *Ibidem*: 43.7.

138 *Ibidem*: 54.5.

139 HUSS, W. (1985): 110.

140 DIOD., XIII 59.9.

141 *Ibidem*: 60-62.

número suficiente de soldados» pero, por lo demás, disolvió su ejército, haciendo volver a sus ciudades a sus aliados sicilianos así como a los campanos, no del todo satisfechos con la paga, y partiendo con su flota y las tropas africanas, y un cuantioso botín, hacia Cartago¹⁴². De hecho, los campanos parecen haberse quedado en Sicilia¹⁴³ y quizá hayan formado parte de las tropas que permanecieron en ella tras la disolución del ejército de Aníbal¹⁴⁴.

Da la impresión, pues, de que desde el punto de vista de Cartago la guerra ha concluido y ello provoca la desmovilización del gran ejército reclutado para ella; quedarían algunas guarniciones de apoyo en las que no hay por qué ver designios imperialistas por parte de Cartago y que, como se demostraría enseguida, eran insuficientes para repeler ataques medianamente organizados; por lo demás, no parece haber existido ningún tipo de administración de tipo provincial en Sicilia como consecuencia de la campaña y Cartago, en ese momento, no parece haber tenido intenciones de mantener una presencia activa en Sicilia, más allá de la conversión en tributaria de la destruida Selinunte.

Sin embargo, las acciones del líder siracusano Hermócrates, artífice de la victoria contra Atenas y, en contra de su propia postura durante esa guerra, ahora partidario de una política más agresiva contra Cartago, frente a la de su rival y en ese momento hombre fuerte de Siracusa, Diocles, no podía verse por ésta más que como una provocación. En efecto, Hermócrates toma Selinunte y anima a sus antiguos habitantes a reocuparla y, desde allí, lanza expediciones

contra Motia derrotando a su ejército y tras saquear el territorio de Panormo derrota también a su ejército, lanzando también expediciones de castigo al « restante territorio que estaba bajo el control de los cartagineses »¹⁴⁵. A pesar de que poco después (407 a.C.) Hermócrates muere en Siracusa al intentar hacerse con el poder por la fuerza¹⁴⁶ y que, por lo tanto, Siracusa puede haber rechazado las actividades anti-cartaginesas de Hermócrates, Cartago debió de ver que aún había partidarios de la guerra en Sicilia y que el escarmiento dado a Selinunte e Hímera no había sido suficiente y, sobre todo, que las tropas que había dejado en Sicilia no habían bastado para detener a un ejército de tamaño mediano, en torno a unos 6.000 hombres «escogidos»¹⁴⁷.

Si Cartago tomó alguna medida inmediata no lo sabemos aunque es posible a partir, sobre todo, de algunas omisiones en Diodoro¹⁴⁸, ya que este autor nos informa de una embajada siracusana a Cartago, a finales del 407, para quejarse por una guerra de la que no tenemos noticia y reiterando sus deseos de paz. El mismo autor señala que también por esos momentos Cartago decidió fundar una ciudad con cartagineses y otros habitantes de Libia en una zona de manantiales situada a 12 km al oeste de la destruida Hímera, a la que llamaron Termas¹⁴⁹ y los investigadores modernos de esa ciudad tienden a vincular su origen a la amenaza de Hermócrates¹⁵⁰; quizá no mucho después se trasladaron allí, junto con los símbolos y emblemas procedentes de su destruida ciudad, los antiguos habitantes supervivientes de Hímera¹⁵¹, que ya en el 397 estaban en condiciones de acompañar a

142 *Ibidem*: 62.5-6.

143 *Ibidem*: 80.4.

144 ANELLO, P. (1986): 152.

145 DIOD., XIII 63.2-5.

146 *Ibidem*: 75.2-9. SORDI, M. (1981): 595-600; VANOTTI, C. (2005): 268-279.

147 DIOD., XIII 63.4.

148 HUSS, W. (1985): 114-115.

149 DIOD., XIII 79.8.

150 BELVEDERE, O. *et al.* (1993): 267.

151 CIC., *Verr.* 2.2,86.

Dionisio en su campaña contra los cartagineses que llevaría a la destrucción de Motia¹⁵². No sabemos si hay correspondencia entre ambos acontecimientos, pero la fundación de una colonia cartaginesa en lo que había sido el territorio de Hímera pudo haber provocado algún choque entre Siracusa y Cartago, tal vez sin relación directa con las correrías de Hermócrates; también es probable que los cartagineses se preocuparan por la seguridad de la región frente a unos griegos que hacían incursiones por la misma y que no se preguntaran (o no les interesara) si detrás de ellos estaba o no Siracusa.

Sea como fuere, Cartago debía intentar desactivar de manera definitiva las amenazas sobre la parte de Sicilia en la que se hallaban sus aliados, fenicios e indígenas, y hacer valer las adquisiciones territoriales de la guerra, Selinunte, perdida por la acción de Hermócrates e Hímera, quizá disputada por Siracusa en una guerra de baja intensidad. De nuevo recurrir Cartago a Aníbal, aunque su elevada edad aconseja situar a su lado a Himilcón, miembro de su misma familia, así como al reclutamiento de un gran ejército en Iberia, las Baleares, Libia (poblaciones indígenas y fenicios), Numidia y Mauretania, Italia y la propia Cartago. También las evaluaciones de las fuentes de Diodoro sobre la fuerza reunida varían entre los ciento veinte mil hombres de Timeo y los trescientos mil de Éforo. A ello se une una gran flota compuesta, además de las naves de guerra, de más de mil mercantes¹⁵³; Panormo y Motia serían sus bases de operación durante la campaña¹⁵⁴. Jenofonte¹⁵⁵ da unas cifras de ciento veinte mil soldados y ciento veinte naves. No entraré en de-

talle en las operaciones militares; sin embargo sí mencionaré que, una vez que se hubo puesto sitio a Agrigento conocemos parte de las negociaciones que tuvieron lugar entre sitiadores y sitiados y que podrían haber sido semejantes a las que tal vez tuvieron lugar en Selinunte y de las cuales, sin embargo, no conservamos referencias directas aunque sí, como veíamos antes, indirectas. En este caso se nos dice de modo explícito que Aníbal envió embajadores a los agrigentinos «para proponerles, preferentemente, que sellaran con ellos una alianza militar (*symmachia*) o, que de no ser así, se mantuvieran neutrales y amigos de los cartagineses permaneciendo en aquella situación de paz», a lo que los agrigentinos se negaron¹⁵⁶. El propio Diodoro nos ha informado, párrafos atrás, de las intensas relaciones comerciales que Agrigento mantenía con Cartago, a la que exportaba grandes cantidades de aceite obteniendo a cambio riquezas incalculables¹⁵⁷, lo que quizá sugiera que también en la ciudad podía haber partidarios de Cartago, hecho que explicaría el intento de Aníbal de evitar la guerra como, quizá, pudo haber ocurrido en Selinunte. Es posible, incluso, que a lo largo del sitio, el comportamiento en exceso medroso de algunos de los generales agrigentinos, sospechoso para sus conciudadanos, pudiera haber obedecido al deseo de llegar a términos con Cartago¹⁵⁸; en cualquier caso, cuatro de ellos acabaron lapidados al ser considerados culpables de traición¹⁵⁹.

La muerte de Aníbal durante el asedio, a causa de la peste¹⁶⁰ convierte a Himilcón en el comandante supremo; el resultado del asedio fue la evacuación de Agrigento para evitar co-

152 DIOD., XIV 47.6.

153 DIOD., XIII 80.1-5.

154 *Ibidem*: 88.4.

155 *Hel.* 1.5,21.

156 DIOD., XIII 85.2.

157 *Ibidem*: 81.4-5.

158 *Ibidem*: 87.3.

159 *Ibidem*: 87.5.

160 *Ibidem*: 86.3.

rrer la suerte de Selinunte¹⁶¹; es posible, aunque Diodoro no da informaciones al respecto, que la evacuación haya sido pactada, puesto que los huidos no son acosados por los cartagineses, aunque es también cierto que fueron escoltados por soldados de Agrigento y de sus aliados¹⁶².

La caída de Agrigento provocó sucesos importantes; por una parte, los ciudadanos supervivientes acusaron a sus generales de traición (*prodosia*) y en Siracusa también se desataron protestas, que fueron capitalizadas por Dionisio, antiguo seguidor de Hermócrates y uno de los que sobrevivieron tras el fracaso de su plan¹⁶³. Dionisio acusó a los generales «de haber traicionado su causa a favor de los cartagineses», exigiendo penas inmediatas para ellos. Las multas en las que iba incurriendo por hacer esas proclamas eran pagadas por su amigo Filisto, que con el tiempo escribiría una historia laudatoria hacia Dionisio¹⁶⁴. Aun cuando todo ello puede estar dentro de la estrategia de Dionisio para acceder al poder¹⁶⁵, es posible que una parte de la ciudadanía sospechase de las verdaderas intenciones de unos generales que habían mostrado bastante tibieza frente a los cartagineses y que habían preferido que los enemigos se reagruparan en lugar de perseguirlos tras la derrota ante Agrigento¹⁶⁶, o habían preferido no sitiar el campamento cartaginés ante la magnitud de sus defensas, a pesar de su precaria situación¹⁶⁷. Eso daría la razón a quienes ven en el sistema político siracusano, formalmente, una democracia¹⁶⁸, un peso importante de tradiciones y elementos oligárquicos¹⁶⁹, lo que habría hecho

más fácil a Dionisio desacreditar a sus principales representantes, en ese momento los generales.

La estrategia de Dionisio acaba teniendo éxito y los siracusanos destituyen a los generales eligiendo un nuevo colegio, entre los que se encuentra el propio Dionisio que esparce el rumor de que sus colegas mantenían contactos con los cartagineses, en lo que le ayuda el comportamiento valeroso que había tenido en los enfrentamientos en los que había participado¹⁷⁰. En su campaña para hacerse con el poder absoluto, Dionisio llega a asegurar que Himilcón le había enviado un mensajero que, además de decirle que la mayoría de sus colegas ya habían sido convencidos, le pedía que no se opusiera a los intereses cartagineses¹⁷¹. El resultado de esa campaña de agitación fue el nombramiento de Dionisio como general con plenos poderes (*strategos autokrator*)¹⁷². Es difícil saber si estas acusaciones eran infundadas o no pero, en todo caso, tampoco tenemos por qué dudar de que, al menos, Himilcón intentase atraerse a aquella parte de la oligarquía siracusana menos partidaria de una guerra abierta con Cartago puesto que la diplomacia y la compra de voluntades podía obtener tantos o más beneficios que la guerra y, de cualquier modo, ni el comportamiento de los generales agrigentinos ni el de los siracusanos durante el sitio de Agrigento estaba libre de sospecha o, al menos, de crítica; por otro lado, Himilcón da bastantes muestras durante esta campaña de intentar lograr acuerdos con los griegos¹⁷³. Para marcar sus nuevas prioridades, y

161 *Ibidem*: 89.

162 *Ibidem*: 89.3.

163 *Ibidem*: 75.9.

164 *Ibidem*: 91.3-5. VANOTTI, C. (1994): 75-82.

165 CAVEN, B. (1990): 53-55.

166 DIOD., XIII 87.2.

167 *Ibidem*: 88.1-2.

168 ROBINSON, E. (2000): 189-205.

169 RUTTER, N.K. (2000): 137-151.

170 DIOD., XIII 92.1-2.

171 *Ibidem*: 94.2-3.

172 *Ibidem*: 95.1.

173 ANELLO, P. (1986): 158; EAD. (2002): 351-352.

una vez que se hace con el poder absoluto, Dionisio se casa con la hija de Hermócrates, su antiguo valedor¹⁷⁴, sin duda para reforzar su vínculo al general que se había atrevido, sin el apoyo de Siracusa, a desafiar a los cartagineses victoriosos sobre Selinunte e Hímera; al tiempo, ordena dar muerte a Dafneo y Demarco, sus principales rivales¹⁷⁵. Dafneo había sido el general nombrado para auxiliar a Agrigento y, aunque responsable de una primera victoria siracusana¹⁷⁶, pronto perdió la iniciativa¹⁷⁷ y debió aceptar la evacuación de Agrigento; es posible que, en efecto, hubiese entrado en negociaciones con Himilcón quizá no tanto para traicionar a su ciudad sino, tal vez, para tratar de lograr una paz negociada con Cartago¹⁷⁸.

En el verano del 405, Himilcón, que ha intervenido en Agrigento, prosigue la guerra atacando a Gela; el nuevo tirano de Siracusa acude en su ayuda pero su acción, bien planificada pero mal ejecutada, no tiene éxito, por lo que se decide también evacuar la ciudad, obligando también a evacuar Camarina, el próximo destino de Himilcón¹⁷⁹; Diodoro se hace eco de las sospechas sobre la actitud de Dionisio, que querría aprovechar el miedo a los cartagineses para aumentar su poder en Siracusa y en otras ciudades¹⁸⁰.

En todo caso, y una vez conquistada Camarina, Himilcón ofrece la paz a Siracusa y Dionisio la acepta. Las condiciones, tal y como las transmite Diodoro fueron: «estarían bajo el dominio de los cartagineses, además de sus antiguos colonos, (los élimos y) los sicanos; los selinuntinos, los agrigentinos y los himerenses,

e igualmente los gelenses y los camarineos, podrían habitar en sus ciudades, con tal que no estuvieran fortificados, y pagarían un tributo a los cartagineses; en cuanto a los leontinenses, los mesenios y los sículos, todos serían autónomos, mientras que los siracusanos permanecerían bajo el gobierno de Dionisio; y se restituirían los prisioneros y las naves a aquellos que los hubieran perdido»¹⁸¹. Acordada la paz, Himilcón regresa con su ejército a Libia, bastante diezmado en buena parte a causa de la peste¹⁸². Pero era sólo una pausa porque en el 397 estallaría de nuevo la guerra entre griegos y cartagineses, la primera de las varias que jalonarán el s. IV¹⁸³.

Concluimos aquí nuestro análisis de los hechos para hacer algunas observaciones conclusivas. En el caso de Sicilia (como ya dijimos no entraremos aquí en lo que sucede en Cerdeña) quizá no haya por qué negar que el aún oscuro personaje de Malco pueda haber intervenido al frente de una fuerza militar; el problema sigue estando en que los críticos aún no se ponen de acuerdo contra quién pudo dirigirse el ataque de Malco, si contra los griegos, contra los indígenas de la Sicilia occidental o contra las propias ciudades fenicias de la isla. Mucho más problemática sigue siendo la cuestión de los resultados de esa acción; los partidarios de una interpretación imperialista de la política de Cartago en esos momentos no dudan en situar ahí el inicio de su dominio de Sicilia. Sin embargo, una revisión, forzosamente rápida como la que hemos presentado aquí, de los datos arqueológicos resulta inconcluyente en este sentido; ni tan siquiera en Motia, la mejor conocida de las tres ciudades

174 DIOD., XIII 96.3.

175 *Ibidem*.

176 DIOD., XIII 86.4; 87.4; POLIENO, V 7.

177 DIOD., XIII 88.1.

178 CAVEN, B. (1990): 58.

179 DIOD., XIII 108-111.

180 *Ibidem*: 112.1-2.

181 *Ibidem*: 114.1.

182 *Ibidem*: 114.2.

183 ANELLO, P. (2008): 81-100.

fenicias, se puede observar de manera incontrovertible ese dominio cartaginés. No es, en absoluto, improbable que Cartago pudiese haber establecido pactos de alianza con esas ciudades que, si asumían la forma de lo que los griegos llamaban *symmaquia* implicasen asistencia militar mutua y tampoco es improbable que Cartago, que sin duda es una ciudad más poderosa en esos momentos de las postrimerías del s. VI a.C. pueda haberse reservado una posición hegemónica. Quizá este papel pueda haberse expresado, de cara a una tercera potencia, como una tutela o, incluso, un control que es lo que tendríamos en el llamado primer tratado romano-cartaginés aunque, como hemos observado en su momento, da la impresión de que la relación de Cartago con las ciudades fenicias de Sicilia es distinta de la que existe entre aquella y los ámbitos sardos y norteafricanos.

La expedición del 480, fuesen cuales fuesen sus objetivos, más allá de la alianza con el depuesto tirano de Hímera, se saldó con un colosal fracaso y Cartago parece haber respetado durante los próximos setenta años las cláusulas del tratado de paz firmado con Gelón de Siracusa del que, por desgracia, sólo conocemos los aspectos anecdóticos. Es, en nuestra opinión, ir más allá de lo que nos dicen las fuentes el pensar que Cartago seguía controlando a las tres ciudades fenicias de Sicilia, cuyas tropas quizá habían acudido a la llamada de Amílcar como consecuencia de la alianza que puede haberlas unido a Cartago, pero a las que la derrota de ésta habría dejado a merced de los vencedores. En nuestras fuentes, sin embargo, no se habla ni de la situación de las mismas ni tampoco de represalias griegas. Es razonable pensar que se mantuvieron en la alianza con Cartago aunque la ausencia de la ciudad en la política siciliana durante esos setenta años que mencionábamos impide que se-

pamos qué beneficios sacaban Motia, Panormo y Solunto de la misma; lo que la arqueología corrobora es que durante el s. V los contactos de esas ciudades, además de con otros ámbitos fenicio-púnicos del Mediterráneo, están enfocados, sobre todo, al mundo griego siciliota. Por otros datos, a los que hemos ido aludiendo, sabemos que Selinunte debió de permanecer en buenas relaciones con Cartago, acogiendo incluso a exiliados ilustres como Giscón, hijo de Amílcar y padre de Aníbal, o Agrigento, a cuyas beneficiosas relaciones comerciales con Cartago también hemos aludido o la propia Hímera en la que la arqueología ha mostrado la importancia del comercio con distintos ámbitos fenicios del Mediterráneo central y occidental (Iberia, Sicilia, Cerdeña, Cartago) hasta la víspera misma de su destrucción por Cartago¹⁸⁴. Podríamos añadir que inmediatamente antes del reinicio de la guerra en el 397 a.C., los siracusanos, con permiso de Dionisio, saquearon las riquezas de los fenicios (*phoinika chremata*), ya que «no eran pocos los cartagineses que vivían en Siracusa y que tenían allí propiedades importantes, y muchos de sus comerciantes tenían en el puerto sus barcos cargados de mercancías, todas las cuales fueron entonces objeto del pillaje de los siracusanos»¹⁸⁵. Estos pogromos se repitieron por todas las ciudades griegas de Sicilia y por las antiguas ciudades griegas sometidas a Cartago¹⁸⁶, lo que da idea de la extensión de las relaciones comerciales entre griegos y fenicios tan sólo ocho años después del cese de las hostilidades del 405, que sin duda no habría sino restaurado las relaciones preexistentes a la guerra, si es que, incluso, se habían interrumpido durante la misma.

En la guerra que se inicia el 409 a.C., y para la que se han querido ver (de la mano de la tendenciosa narración de Diodoro) designios de control absoluto de Sicilia por parte de Car-

184 VASSALLO, S. (2005): 829-835.

185 DIOD., XIV 46.1.

186 *Ibidem*: 46.2-4.

tago, creemos haber detectado una política de contención por parte de ésta. Es la supervivencia de Segesta la que está en cuestión, no la de las ciudades fenicias y da la impresión de que la respuesta inicial cartaginesa es también contenida, echando mano en un primer lugar de mercenarios desempleados que, a pesar de lo que algunos autores sugieren¹⁸⁷, parecen haber estado ya en Sicilia por lo que ni tan siquiera tuvieron que ser trasladados allí. El resultado de esa acción incrementó la tensión y ambas partes exigieron a sus aliados su ayuda; mientras que Cartago organizó una gran expedición, los griegos, y sobre todo Siracusa, parecen haber sido más remisos. Por datos de los que Diodoro nos informa *a posteriori*, sabemos que en Selinunte se plantearon debates sobre si volver a la alianza tradicional con Cartago y renunciar a su expansionismo en detrimento de Segesta o, por el contrario, no renunciar a esa política aunque eso supusiese la guerra. Como sabemos, fue ésta la solución adoptada. A este propósito quizá podamos volver aquí a mencionar la inscripción del templo G de Selinunte a la que aludíamos con anterioridad. En ese epígrafe, cuya fecha exacta, como decíamos, no se puede concretar, Selinunte se jacta de haber conseguido una o varias victorias con la ayuda de los dioses; se trate de una victoria puntual, como pensaba Calder, que apuntaba incluso al éxito que supuso la derrota ateniense del 413 a.C.¹⁸⁸ o, como sugería G. Pugliese Carratelli¹⁸⁹, de una situación permanente caracterizada por la sensación de supremacía selinuntina en distintos ámbitos, estaba claro que Selinunte parecía creerse a salvo ante cualquier ataque, como muestra que estuviese gas-

tando ingentes sumas de dinero en construir sus grandes santuarios, entre ellos todavía el templo G, uno de los mayores nunca construidos en el mundo griego¹⁹⁰, al tiempo que descuidaba la reparación de sus murallas¹⁹¹. Quizá Aníbal, cuando tras destruir la ciudad, proclama ante los embajadores siracusanos que los dioses habían abandonado a Selinunte, se está haciendo eco de un sentimiento muy griego como es la *hybris* o desmesura. En todo caso, la arqueología certifica la enorme destrucción que experimentó la ciudad en el 409 y la complicada historia de sus sucesivas ocupaciones posteriores¹⁹².

En todo caso, y en un tipo de guerra «tradicional» y a pesar de sus murallas en un estado no excelente, Selinunte esperaba resistir como también sus aliados; en efecto, Diodoro dice que los siracusanos tampoco se apresuraron en acudir en su ayuda puesto que pensaban que la ciudad se vería forzada a rendirse a causa del asedio, pero que no sería tomada por la fuerza¹⁹³; aparte de la política de riesgos limitados de Siracusa, quizá pensarán que, precisamente por su amistad previa con Cartago y por la existencia en ella de una fuerte facción pro-cartaginesa la ciudad acabaría llegando a términos con Aníbal. Sin embargo, los cartagineses introducen un componente nuevo en esta guerra: las máquinas de asedio¹⁹⁴. Aunque los siciliotas aprenderán bien la lección y ya en el 396 Dionisio contará con un completo repertorio de estas armas¹⁹⁵, en el 409 no se encontraban preparados para este nuevo tipo de guerra, por lo que la caída de Selinunte, tomada a viva fuerza y provocando tan gran mortandad, causó tan gran impacto por inesperada, puesto que hasta ese momento la principal técnica para

187 CAVEN, B. (1990): 30.

188 CALDER, W.M. (1963): 54-62.

189 (1982): 192.

190 MERTENS, D. (2006): 400-406.

191 DIOD., XIII 55.7.

192 MERTENS, D. (1997): 301-320; HELAS, S. (1999): 13-26.

193 DIOD., XIII 56.2.

194 *Ibidem*: 54.2.

195 DIOD., XIV 51.

conquistar una ciudad consistía sobre todo en un cerco, por lo general bastante pasivo¹⁹⁶. Con la captura de Selinunte y de Himera, quizá ésta sí una concesión a los deseos de vengar la derrota de su abuelo, Aníbal da por finalizada la campaña y, quizá la guerra. Es cierto que el comportamiento con los prisioneros, a los que sacrificó, causó una profunda repugnancia en la Sicilia griega, cuyos ecos duraron aún muchos años después¹⁹⁷ contribuyendo a la fama de crueldad (*omotes*) de los cartagineses.

La primera campaña de Aníbal, pues, debe ser considerada como la continuación de la fallida campaña de su abuelo setenta años atrás y, como en aquella, no se pretendía añadir nuevos territorios a Cartago aun cuando se preveía que si los selinuntinos querían regresar a su ciudad deberían pagarles tributo; como principal ganancia (además del enorme botín), Cartago podría haber vuelto a dar sentido a la alianza que mantenía con Motia, Panormo y Solunto y con otros centros indígenas (Segesta).

No obstante, las actividades de Hermócrates, en contra de los intereses del círculo dirigente siracusano, que parece haberse conformado con el resultado de la campaña de Aníbal, son percibidas, como no podía ser de otra manera, como una agresión a Cartago en la figura de sus aliadas; como ya vimos, sus acciones se dirigen contra los territorios de Motia y Panormo, que aparecen afectadas por vez primera de forma directa y explícita por la agresión griega sin que las mismas puedan, con sus propios medios y los que les ha dejado Cartago, defenderse de modo adecuado. Eso convence a Cartago de lanzar una nueva campaña aunque antes de la misma se sitúa la fundación de Termas, de la que tan pocos datos tenemos, en especial para los mo-

mentos más antiguos¹⁹⁸. Aunque, como vimos, pronto puede haber sido mayoritaria la población de origen griego, no deja de ser interesante la acción cartaginesa de fundar una colonia en Sicilia, que habría sido la primera que, por iniciativa de Cartago, existiese allí; su objetivo, además de controlar el territorio de la destruida Hímera, sería servir de bastión para asegurar la defensa de las regiones colindantes con Solunto pero lo realmente interesante es que parece marcar un cambio de tendencia en la política cartaginesa con respecto a Sicilia (y no será el único), al requerir la presencia directa de cartagineses y otros aliados frente a la situación previa en la que Cartago actuaba a petición de sus aliados insulares. Como también vimos antes, la relación de esta fundación con las actividades de Hermócrates no es conocida.

La nueva campaña dirigida por Aníbal e Himilcón y, tras la muerte del primero, sólo por el segundo, emplea también como elemento disuasorio un gran ejército; aunque las pérdidas en vidas humanas del lado griego se mitigan por la evacuación de Agrigento, Gela y Camarina, lo cierto es que parecen haber sido factores extra-bélicos, sobre todo la epidemia, que aún produciría graves daños en los años siguientes a Cartago¹⁹⁹, lo que le impidió a Himilcón proseguir su imparable marcha por la Sicilia griega. No obstante, el tratado que pone fin a la guerra marcaba a las claras la superioridad de Cartago; de hecho, la única concesión para Dionisio era el reconocimiento de su autoridad sobre Siracusa, si es que esto último no es tan sólo que una inferencia hecha por Diodoro, o sus fuentes, por el hecho de que, por su cargo, Dionisio habría sido el responsable de firmar el acuerdo²⁰⁰. Las ciudades griegas conquistadas se convertían en

196 SÁEZ ABAD, R. (2005): 105-109.

197 Por ejemplo, DIOD., XIV 46.3.

198 BELVEDERE, O. *et al.* (1993).

199 DIOD., XIV 47.3.

200 CAVEN, B. (1990): 76.

tributarias de Cartago, mientras que los enemigos tradicionales de Siracusa, las ciudades calcídicas y los sículos eran declarados autónomos. Un dato interesante es que el tratado consagra, ahora sí de forma explícita, la autoridad de Cartago sobre sus «antiguos colonos», aun cuando no es improbable que esta expresión no sea literal sino que responda a la idea (errónea y tardía) de que las ciudades fenicias de Sicilia eran colonias de Cartago; algunas propuestas, sobre la base de errores de transmisión, parecen abonar la idea de que el tratado no quería subrayar tanto la sumisión de los centros fenicios y de los sicanos como la idea de su pertenencia a la esfera púnica²⁰¹. Sin embargo, y para introducir alguna duda más en la versión que da Diodoro del tratado de paz, la numismática muestra cómo las ciudades fenicias de Sicilia y alguna ciudad élíma (Segesta) siguen acuñando sus monedas ciudadanas, claro signo de autonomía, y por completo diferentes de la amonedación de Cartago que, en todo caso, es un fenómeno posterior en la ciudad norteafricana que en los centros fenicios de Sicilia²⁰². En todo caso, el incluir a las otras poblaciones indígenas de la isla, sicanos y, quizá, élimos dentro del área cartaginesa muestra un claro desequilibrio y, por lo tanto, la superioridad de Cartago, frente a los sículos, a cuyo control aspiraba Siracusa, pero que el tratado libera de la supremacía siracusana. Por el momento, los cartagineses retiraron su ejército a África y, a pesar de lo que algún autor ha apuntado²⁰³, tampoco tenemos indicios de que Cartago dejase guarniciones en Sicilia²⁰⁴. Es este tratado, el que en nuestra opinión, marca si no el nacimiento como tal de la *eparchia* siracusana en Sicilia

(a la que los griegos suelen darle el nombre más impreciso pero ideológicamente más cargado de *epikrateia*)²⁰⁵ sí el primer indicio de que Cartago empieza a aplicar un sistema de control específico para los territorios conquistados, que las guerras y los tratados del s. IV irán contribuyendo a perfilar, en especial a partir del tercer tratado entre Cartago y Siracusa del 374 a.C.²⁰⁶.

Lo que está en juego después del 405 a.C. (o, incluso, desde los acuerdos de Aníbal para el retorno de los selinuntinos) no es tanto el control efectivo o militar sobre un territorio determinado sino, ante todo, el establecimiento de una serie de obligaciones tributarias que afectarán, sobre todo, a los habitantes de las ciudades griegas destruidas que, por vez primera en Sicilia, se relacionan con Cartago no a través de los vínculos de alianza (*symmachia*) que habían unido a la ciudad africana con sus hermanas fenicias de Sicilia y con las poblaciones élimas y sicanas (e, incluso, griegas), sino como comunidades conquistadas y que, por la benevolencia del conquistador, conservan su ciudad y su territorio bajo las condiciones que el mismo impone, aun cuando no se vean afectados otros aspectos como el autogobierno o el respeto de las leyes ancestrales²⁰⁷. Cartago no pretende, en mi opinión, tan sólo «ripristinare lo *status quo*, quando venivano minacciati i propri interessi»²⁰⁸ y, si ella lo pretendía, podemos decir que, o no lo logró, o que los griegos lo percibieron de otro modo.

Como muestra Heródoto al inicio de su *Historie*²⁰⁹ nada podía haber más terrible para una ciudad griega que perder su libertad (y pagar un *phoros* lo era) en especial a manos de un bárbaro. Si en la visión de Heródoto el que Creso fuese

201 ANELLO, P. (1986): 119-120.

202 *Ibidem*: 161-163.

203 CAVEN, B. (1990): 77.

204 ANELLO, P. (1986): 153-154.

205 CATALDI, S. (2003): 217-252.

206 DIOD., XV 17.5. ANELLO, P. (1986): 169-177; BONDÌ, S.F. (1990-91): 223-226.

207 DIOD., XIV 65.2.

208 ANELLO, P. (2002): 353.

209 I 6.

«el primer bárbaro, que nosotros sepamos, que sometió a algunos griegos, obligándoles al pago de tributo» marca el inicio del enfrentamiento que desembocará en las Guerras Médicas, para los griegos de Sicilia el que Cartago hiciese lo mismo en su isla no podía dejar de tener una relevancia pareja; como ya apuntábamos antes, muy pocos años después, en el 397, Dionisio plantea ante la asamblea de Siracusa la guerra contra Cartago porque «sería grave mirar con indiferencia que las ciudades griegas fueran esclavizadas por los bárbaros»²¹⁰. Aunque los tipos de *poleis* dependientes en el mundo griego eran variados²¹¹, la apelación a la liberación del

dominio bárbaro era un fuerte argumento que no dejaba indiferente a los griegos y, por ello, su uso garantizaba importantes adhesiones²¹²; las guerras entre cartagineses y griegos en Sicilia y la creación de áreas de dominio exclusivo dan buena prueba de ello. Que se llegase a un determinado final fue, pues, consecuencia de acontecimientos a los que cada parte fue respondiendo según se iban produciendo los hechos pero no, y es lo que hemos intentado mostrar en el presente trabajo, el resultado de un diseño ancestral y consciente por parte de Cartago de conquistar y esclavizar toda Sicilia, que es como los griegos terminaron viéndolo²¹³.

210 DIOD., XIV 45.4; cf. XIV 46.5; 47.2.

211 HANSEN, M.H. y NIELSEN, T.H. (2004): 87-94.

212 RAVIOLA, F. (2008): 15-29.

213 Cf. DIOD., XIII 79.8.

BIBLIOGRAFÍA

- AMPOLO, C. (1984): «Le ricchezze dei Selinuntini: Tucidide VI, 20, 4 e l'iscrizione del tempio G di Selinunte», *Parola del Passato*, 39: 81-89.
- ANELLO, P. (1986): «Il trattato del 405/4 a.C. e la formazione della 'eparchia' punica di Sicilia», *Kokalos*, 32: 115-180.
- (1990-91): «Rapporti dei Punici con Elimi, Sicani e Greci», *Kokalos*, 36-37: 175-213.
- (2002): «Siracusa e Cartagine», en N. Bonacasa, L. Braccisi y E. De Miro (eds.), *La Sicilia dei due Dionisi*, Roma, pp. 343-360.
- (2008): «Punici e Greci dal 405/4 a.C. all'età timoleontea», en M. Congiu, C. Micchichè, S. Modeo y L. Santagati (eds.), *Greci e Punici in Sicilia tra V e IV secolo a.C.*, Caltanissetta, Roma, pp. 81-100.
- ARTEAGA, O. (1994): «La Liga Púnica Gaditana. Aproximación a una visión histórica occidental, para su contrastación con el desarrollo de la hegemonía cartaginesa, en el mundo mediterráneo», en *VIII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica. Cartago, Gadir, Ebusus y la influencia púnica en los territorios hispanos*, Ibiza, pp. 23-57.
- BARCELÓ, P.A. (1989): «Zur karthagischen Überseepolitik im VI. und V. Jahrhundert v. Chr.», *Gymnasium*, 96: 13-37.
- BELVEDERE, O., BURGIO, A., MACALUSO, R. y RIZZO, M.S. (1993): *Termini Imerese. Ricerche di topografia e di archeologia urbana*, Palermo.
- BENASSI, F., CERAULO, A. y PAPA, M.A. (2008): «Nuove ricerche archeologiche nello 'Stagnone' di Mozia. Indagini e prospezioni presso la strada sommersa», *Fasti Online Documents & Research*, 123: 1-6.
- BERNARDINI, P. (2004): «Cartagine e la Sardegna: Dalla conquista all'integrazione (540-238 A.C.)», *Rivista di Studi Fenici*, 32: 35-56.
- (2005): «Per una rilettura del santuario 'tofet'. I: Il caso di Mozia», *Sardinia, Corsica et Baleares Antiquae*, 3: 55-70.
- BONDÌ, S.F. (1990-91): «L'eparchia punica in Sicilia. L'ordinamento giuridico», *Kokalos*, 36-37: 215-231.
- (1996): «Siciliae partem domuerant. Malco e la politica siciliana di Cartagine nel VI sec. a.C.», en E. Acquaro (ed.), *Alle soglie della classicità. Il Mediterraneo tra tradizione e innovazione. Studi in onore di S. Moscati*, vol. I, Pisa-Roma, pp. 21-28.
- CALDER, W.M. (1963): *The inscription from temple G at Selinus*, Durham (N.C.).
- (1964): «Further notes on IG XIV 238 and Other Tufa Inscriptions from Selinus», *Greek, Roman and Byzantine Studies*, 5: 113-121.
- CATALDI, S. (2003): «Alcune considerazioni su eparchia ed epicrazia cartaginese nella Sicilia occidentale», en *Quarte Giornate Internazionali di Studi sull'Area Elima*, vol. I, Pisa, pp. 217-252.
- CAVEN, B. (1990): *Dionysius I. War-lord of Sicily*, Londres.
- CIASCA, A. (1986): «Fortificazioni di Mozia (Sicilia). Dati tecnici e proposta preliminare di periodizzazione», en *La fortification et sa place dans l'histoire politique, culturelle et sociale du monde grec*, Paris, pp. 221-227.
- (1990): «Sulle necropoli di Mozia», *Sicilia Archeologica*, 72: 7-11.
- (1992a): «Mozia. Sguardo d'insieme sul tofet», *Vicino Oriente*, 8: 113-155.
- (1992b): «Mozia in Sicilia: un esempio di cinta urbana in area coloniale fenicia», en *Lixus. Collection de l'École Française de Rome*, 166, Roma, pp. 79-84.
- (2000): «Tecnique murarie e fortificazioni puniche in Sicilia», en A. González Prats (ed.), *Fenicios y Territorio. Actas del IIº Seminario Internacional sobre Temas Fenicios*, Alicante, pp. 57-70.
- DEVILLERS, O. (2000): «'Magonides' ou 'Hannonides'? A propos de Justin, *Historiae Philippicae*, XIX, 1, 1», en M.ªE. Aubet, M. Barthélemy (eds.) *Actas del IVº Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, vol. I, Cádiz, pp. 47-151.
- DI STEFANO, C.A. (1999): «Insediamenti fenicio-punici della provincia di Palermo. Stato attuale delle ricerche e delle prospettive future», en M. Barra Bagnasco, E. De Miro y A. Pinzone (eds.), *Magna Grecia e Sicilia. Stato degli studi e prospettive di ricerca*, Mesina, pp. 223-233.
- (2009): *La necropoli punica di Palermo: dieci anni di scavi nell'area della Caserma Tuköry*, Pisa-Roma.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. (2000): «El mundo fenicio-púnico en la obra de Trogo Pompeyo», en M.E. Aubet y M. Barthélemy (eds.), *Actas del IVº Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, vol. I, Cádiz, pp. 153-159.
- (2005-2006): «¿Cartago en Iberia? Observaciones sobre el papel de la Cartago pre-Bárquida en la Península Ibérica», en *Homenaje a D. Vicente Viñas y D.ª Rosario Lucas Pellicer. Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 44: 181-199.
- (2009): «El final del Arcaísmo y la transformación de los mecanismos de intercambio en el Mediterráneo», *Gerión*, 27: 123-142.
- DOMÍNGUEZ PÉREZ, J.C. (2006): *Gadir y los fenicios occidentales federados. V-III AC. Dialéctica aplicada al territorio productivo turdetano*, BAR Int. Series, 1513, Oxford.
- FAMÀ, M.L. (1995): «Il porto di Mozia», *Sicilia Archeologica*, 28: 171-180.
- (2008): «Mozia tra il V e il IV secolo a.C.», en M. Congiu, C. Micchichè, S. Modeo y L. Santagati (eds.), *Greci e Punici in Sicilia tra V e IV secolo a.C.*, Caltanissetta, Roma, pp. 47-67.
- (2009): «L'urbanistica e le strutture abitative di Mozia allo stato attuale delle ricerche», en S. Helas y D. Marzoli (eds.), *Phönizisches und punisches Städtewesen. (Iberia Archeologica 13)*, Maguncia, pp. 271-287.

- FAMÀ, M.L. y TOTI, M.P. (1997): «Mozia: gli scavi nella 'Zona E' dell'abitato», en H.P. Isler *et al.* (eds.), *Wohnbau-forschung in Zentral- und Westsizilien. Sicilia Occidentale e Centro-Meridionale: Ricerche archeologiche nell'abitato*, Zürich, pp. 113-123.
- (2000): «Materiali della 'Zona E' dell'abitato di Mozia. Prime considerazioni», en *Atti delle Terze Giornate Internazionali di Studi sull'Area Elima*, vol. I, Gibellina, Pisa, pp. 451-478.
- FANTAR, M.H. (1993): *Carthage. Approche d'une civilisation*, Tùnez.
- FREEMAN, E.A. (1891): *The History of Sicily from the Earliest Times*. I.- *The native nations; the phoenician and greek settlements*, Oxford.
- GRECO, C. (2005): «Solunto arcaica. Nuovi dati topografici e cronologici», en A. Spanò Giammellaro (ed.), *Atti del V° Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, vol. II, Palermo, pp. 667-675.
- GRIFFO, M.G. (1997): «La necropoli di Birgi», *Seconde giornate internazionali di studi sull'Area Elima*, Pisa, Gibellina, pp. 909-921.
- HANS, L.M. (1983): *Karthago und Sizilien. Die Entstehung und Gestaltung der Epikratie auf dem Hintergrund der Beziehungen der Karthager zu den Griechen den nichtgriechischen Völkern Siziliens. (VI-III Jh. v. Chr.)*, Hildesheim.
- HANSEN, M.H. y NIELSEN, T.H. (2004): *An Inventory of Archaic and Classical Poleis. An Investigation Conducted by The Copenhagen Polis Centre for the Danish National Research Foundation*, Oxford.
- HELAS, S. (1999): *Die punischen Häuser in Selinunt. Wohnen zwischen punischer Tradition und griechischen Einfluss*, Diss. Universität zu Köln.
- HUSS, W. (1985): *Geschichte der Karthager*, München.
- KRINGS, V. (1998): *Carthage et les Grecs c. 580-480 av. J.-C. Textes et Histoire*, Leiden.
- LEE, R.M. (1993): *A Historiographical and Historical Study of Polybius' Survey of the Early Treaties between Rome and Carthage III.21.8-26*, PhD Dissertation University of Newcastle-upon-Tyne.
- MANNI, E. (1966): «Tra Mozia ed Imera», en *Mélanges A. Piganiol*, vol. II, Paris, pp. 699-706.
- (1976): «'Indigeni' e colonizzatori nella Sicilia preromana», en *Assimilation et résistance a la culture gréco-romaine. VI° Congr. Int. d'Etudes Classiques*, Paris, pp. 181-211.
- MERANTE, V. (1972-73): «La Sicilia e Cartagine dal V secolo alla conquista romana», *Kokalos*, 18-19: 77-103.
- MERITT, B.D. (1940): «Athens and Carthage», en *Athenian Studies presented to W.S. Ferguson*, Cambridge (Mass.), pp. 247-253.
- MERTENS, D. (1997): «Griechen und Punier. Selinunt nach 409 v. Ch.», *Römische Mitteilungen*, 104: 301-320.
- (2006): *Città e monumenti dei Greci d'Occidente. Dalla colonizzazione alla crisi di fine V secolo a.C.*, Roma.
- MOSCATI, S. (1985): «Tucidide e i Fenici», *Rivista di Filologia e di Istruzione Classica*, 113: 129-133.
- (1994): «Il VI secolo a Mozia», *Rivista di Studi Fenici*, 22: 173-178.
- (2005): *Fenici e Cartaginesi in Sardegna*. Nuoro (2ª ed. a cura di P. Bartoloni).
- MUSTI, D. (1985): «L'iscrizione del tempio G de Selinunte», *Rivista di Filologia e di Istruzione Classica*, 113: 134-157.
- NIGRO, L. (2003): «Nuovi scavi a Mozia dell'Università di Roma 'La Sapienza' (XXII campagna, agosto-ottobre 2002)», *Sicilia Archeologica*, 101: 85-98.
- (2009a): «Il cielo sopra Mozia», *Archeo*, 296: 36-49.
- (2009b): «Offerte e depositi votivi nel Santuario C3 del Kothon di Mozia nel IV secolo a.C.», en S. Fortunelli y C. Masseria (eds.), *Ceramica attica da santuari della Grecia, della Ionia e dell'Italia*, Potenza, pp. 703-719.
- (2009c): «Il Tempio del Kothon e il ruolo delle aree sacre nello sviluppo urbano di Mozia dall'VIII al IV secolo a.C.», en S. Helas y D. Marzoli (eds.), *Phönizisches und punisches Städtewesen. (Iberia Archeologica 13)*, Maguncia, pp. 241-270.
- (2009d): «Il Tempio del Kothon e le origini fenicie di Mozia», en A. Mastino, P.G. Spanu y R. Zucca (eds.), *Naves plenius velis euntes. (Tharros Felix 3)*, Roma, pp. 77-118.
- PUGLIESE CARRATELLI, G. (1982): «Sull'epigrafe del Tempio G di Selinunte», en *APARCHAI. Nuove ricerche in onore di P.E. Arias*, vol. I, Pisa, pp. 191-193.
- RAVIOLA, F. (2008): «Lo scontro greco-punico in Sicilia alla fine del V secolo e l'opinione pubblica ellenica di madrepatria», en M. Congiu, C. Micchichè, S. Modeo y L. Santagati (eds.), *Greci e Punici in Sicilia tra V e IV secolo a.C.*, Caltanissetta, Roma, pp. 15-29.
- ROBINSON, E. (2000): «Democracy in Syracuse, 466-412 B.C.», *Harvard Studies in Classical Philology*, 100: 189-205.
- ROCCO, B. (1970): «Morto sotto le mura di Mozia», *Sicilia Archeologica*, 9: 27-33.
- RUTTER, N.K. (2000): «Syracusan Democracy: 'Most Like the Athenian'?, en R. Brock y S. Hodkinson (eds.), *Alternatives to Athens. Varieties of Political Organization and Community in Ancient Greece*, Oxford, pp. 137-151.
- SÁEZ ABAD, R. (2005): *Artillería y poliortética en el mundo grecorromano (Anejos de Gladius 8)*, Madrid.
- SARTORI, F. (1992): «Agrigento, Gela e Siracusa: tre tirannidi contro il barbaro», en *Agrigento e la Sicilia Greca*, Roma, pp. 77-93.
- SCARDIGLI, B. (1991): *I trattati Romano-Cartaginese*, Pisa.
- SORDI, M. (1981): «Ermocrate di Siracusa, demagogo e tiranno mancato», en *Scritti sul mondo antico in memoria di F. Grosso*, Roma, pp. 595-600.

